

Cuba:

Armonías cósmicas en el habanero descendiente de esclavos

José Hugo Fernández
Escritor y Periodista

“**S**i encuentras dos seres que viven en armonía, por lo menos uno de los dos es bueno”. Sirva esta antiquísima y a la vez muy fresca y sabia sentencia africana¹ para iniciar un repaso que no pretende ser taxativo ni concluyente, sino apenas incitador, en torno a la peculiar voluntad solidaria del (habanero en este caso) descendiente de esclavos, a su vocación comunitaria, a su arraigo de sangre y a su cultivo de la empatía y el respeto dentro del conglomerado, cualidades todas que desde el inicio habría que calificar como uno de los rasgos que mejor resumen hoy su carácter y que además representan, en tanto patrón moral y espiritual, otra contribución para el mundo moderno

contenida en la historia de la esclavitud de los pueblos de África.

Tanto o más que por su esencia misma y por su particular alcance, estas cualidades sobresalen, ante todo, por la forma en que lograron desarrollarse durante siglos en medio de las contingencias más hostiles. No hay que olvidar que entre los esclavos de Cuba la práctica de la solidaridad, y aun de cualquier sencillo gesto fraternal, figuraban como delitos que podían conducir y que de hecho condujeron comúnmente a crueles castigos y a la muerte.

No obstante, resulta fácil constatar, mediante referencias, datos y documentos históricos bien copiosos y de absoluto rigor,



la tenacidad con la que aquellos seres dieron cauce a su espíritu de camaradería, practicando esa suerte de exteriorización cordial que anida desde siempre en el yo profundo de los hijos de África (y que aún reparte su marcada herencia en La Habana), una afabilidad espontánea, desenfadada, que se da hacia afuera, para el que quiera tomarla, a cambio de nada, como por el mero regusto de entregarse a los suyos, o a quienes demuestren aprecio y/o consideración hacia los suyos. No es la cordialidad que busca premeditadamente el reconocimiento de quien la prodiga, o la de aquel que intenta ser aceptado a toda costa por el otro. Se trata de una virtud consustancial a la propia naturaleza de las personas, sin embrollos ni complejidades: es algo que al parecer se da porque resulta imposible negarlo. Más o menos como la razón, que, según los filósofos, es un bien común, desti-

nado a unir con nexos unánimes y duraderos a los que la poseen. En fin, es una dote natural a la cual las coyunturas más adversas no consiguieron imponerle reglas, que no pudo ser confinada dentro de los límites de la geografía y que la parafernalia de la modernidad no consigue corromper. Tal vez por aquello de que negar lo genuino, es la manera esencial de corroborarlo.

Ciertamente, aun cuando represente el extremo más escandaloso que registra la historia, el caso de la esclavitud africana no fue único. Aun cuando esta barbarie, con magnitud no igualada por ninguna otra, provocara “sociedades vaciadas de su esencia, culturas pisoteadas, instituciones minadas, tierras confiscadas, religiones asesinadas, magnificencias artísticas aniquiladas, extraordinarias posibilidades suprimidas... hombres arrancados de sus dioses, de su tierra y sus

costumbres, de su vida, de la vida, la danza, la sabiduría”², tampoco los hijos de África conformaron la única comunidad humana que ante situaciones de arrasamiento total, pudo ver en la mutua solidaridad un alivio, por más que limitado, y hasta una alternativa de supervivencia. Sin embargo, el detalle que los singulariza es justamente el que se apunta arriba: para ellos, la comunicación fraternal, el intercambio de apoyo y simpatías, a más que alternativa, fue también (continúa siendo), quizás primero, y por encima de todo, expresión de un carácter.

“La conciencia es actividad de trascendencia –nos había alertado Frantz Fanon en páginas memorables-: si esto es verdad, hemos de saber también que esta trascendencia está transida por el problema del amor y la comprensión. El hombre es un SI que vibra con las armonías cósmicas. Arrancado de cuajo, dispersado, confundido, condenado a contemplar la disolución, una tras otra, de las verdades por él elaboradas, el hombre dejará algún día de proyectar sobre el mundo una antinomia que le es coexistente”³.

Si desde el inicio de la civilización humana, algo nos ha estado alejando, y aún se empecina en alejarnos de ese día anunciado por Fanon, es precisamente la ambición de unos hombres por dominar a otros, por dividirlos, enfrentándolos (para dominarlos) a través de mezquinas codicias y burdos intereses materiales. Así que justo en tal sentido es donde se confirma hoy la trascendencia y la tremenda enseñanza que guarda el espíritu solidario de los descendientes (habaneros en este caso) de la esclavitud africana.

Flores en el pudridero

Cualquier mínimo sondeo más allá de la superficie de la historia de la esclavitud, muestra llanamente cómo al igual que ciertas

plantas florecen entre la inmundicia, extrayendo de ésta los nutrientes necesarios para su belleza, la voluntad de conceder apego y comprensión germinó en los hijos de África a pesar (o también por efecto) de las condiciones más contrapuestas.

En rigor, se impondría recordar algunas de las circunstancias en que fueron arrancados de su tierra.

Es sabido que uno de los métodos corrientes (no el único, ni el único monstruoso) que utilizaban los traficantes para obtener esclavos en África, era incendiar las aldeas por los cuatro costados y así, en medio del siniestro, amparados en la confusión que producía, echaban garra de los aldeanos que intentaban escapar de las llamas, despavoridos, desnudos, con frecuencia convertidos en teas ambulantes. Se conoce por igual que sobre todo en los primeros tiempos, sólo los más jóvenes y fuertes eran enviados a los mercados de esclavos en las costas. Mientras, los ancianos, las mujeres y los niños eran mutilados o asesinados en el acto. Las pruebas abundan y han sido reconocidas de antiguo. En su libro *El comercio de esclavos africanos*, Thomas Fawell Buxton afirma que a veces más de 20,000 seres humanos eran asesinados durante tales expediciones, en un plazo de tiempo relativamente breve, y además cita el caso de una villa africana, Darkalla, donde los traficantes sólo hallaron ancianos, mujeres y niños, así que se deshicieron de ellos simplemente lanzándolos a las llamas⁴.

Una vez capturados los prospectos de esclavos, sobrevenía el calvario de su traslado hasta la costa: en largas caravanas, sujetados por el cuello en grupos de siete, mediante correas de cuero de buey, o asegurados en parejas, con el pie derecho de uno unido al izquierdo de otro a través de pesados grilletes que debían sostener con una cuerda para poder caminar. El fallecimiento de un cautivo

en esta última variante, decidía irremediablemente la suerte de su pareja, que no pudiendo seguir a la caravana con el arrastre de un cadáver, iba quedando atrás, solo con aquel peso yerto y mudo, hasta que no tenía otro recurso que sentarse en el camino a esperar la muerte. En la ilustrativa *África: biografía del colonialismo*, su autor, José A. Benítez Cabrera, no nos deja olvidar que: “Las rutas de las caravanas eran fácilmente identificables por los esqueletos humanos diseminados a lo largo y a lo ancho de aquellos caminos dantescos”⁵.

Luego, en la costa, a la espera de los barcos para su transportación, el hambre, la viruela, la disentería y otras pestes hacían lo suyo entre los prisioneros, hacinados en condiciones ante las cuales parece hoy pálido el horror de los campos de concentración nazis. Asunto habitual era que el deterioro sufrido por muchos durante la marcha obligara a los traficantes a desechar su utilización, considerando que el costo en alimentos no sería compensado por el precio que iban a cobrar por ellos. Entonces los eliminaban. Otro tanto ocurría con los que por idénticos motivos eran rechazados posteriormente por los capitanes de barcos, quienes, antes de zarpar, sometían su “carga” a un nuevo proceso de selección, según el estado físico.

En las bodegas de los buques, los esclavos eran amontonados tan cerca unos de otros que no podían modificar la posición que adoptaban originalmente, hasta la salida a cubierta, una vez al día, para recibir agua y comida. Si alguno se negaba a comer con propósitos suicidas, le empujaban por la boca una cuchara con carbones encendidos. Desde el inicio hasta el final de la travesía, el piso de aquellas cámaras infernales, inundado de sangre, vómitos, excremento e insoportables pestilencias, parecía un matadero para bestias.

Todavía hoy los historiadores no han podido arribar a conclusiones definitivas en cuanto a la cifra exacta de africanos que sufrieron aquella pesadilla. Pero todos coinciden en estimados que causan pavor. José Luciano Franco, renombrado estudioso cubano del tema, consideró que “40 millones de hombres y mujeres procedentes de todas las regiones del continente africano, mayormente de la costa occidental, participaron en la creación de una nueva forma de vida y cultura en el nuevo mundo”⁶. En la ya citada obra *Africa: biografía del colonialismo*, leemos lo siguiente: “Se ha establecido más o menos correctamente que el número de esclavos que llegaban anualmente a América era de 100,000 en 1750, de 120,000 en 1815, de 140,000 en 1830 y de 150,000 en 1840. Tomando como promedio la cifra de 100,000 anuales entre 1600 y 1850, o sea, un período de 250 años —cuando más intensa fue la trata— tenemos que 25.000.000 de africanos fueron introducidos como esclavos en América por los colonizadores y comerciantes españoles, portugueses, franceses, ingleses, holandeses y alemanes. Suponiendo, no obstante, que el carácter fragmentario de los datos que se poseen puede ser fuente de errores, y considerando, de otra parte, la duplicidad de registros —muchos eran enviados de las Antillas al continente— no sería desacertado fijar en 15.000.000, de acuerdo con la obra *El negro*, de William E. B. Du Bois, el número total de esclavos introducidos en el continente americano... Si el 35 por ciento de los esclavos que salían de las costas africanas perecía en la travesía, si el 25 por ciento moría en los campos de concentración de las costas, si a éstos sólo llegaba la mitad de los capturados en el interior y si para capturar a 1,000 africanos había que asesinar a un número similar, ello quiere decir que cerca de 150 millones tuvieron que ser apresados para

que 15.000.000 llegaran a América. Y esclavizar a 15 millones de hombres, asesinar a 135 millones de seres humanos, arrancarle a un continente una fuerza de producción de 150 millones de personas y sobre eso edificar una sociedad, no es una simple cuestión de estadística, sino un fantástico genocidio”⁷⁷.

Por más que nos revuelva las entrañas, aún quedaría por repasar, ligeramente, el tratamiento que recibían los esclavos ya en los campos de Cuba. Manuel Moreno Fraguas, en su enjundiosa obra dedicada al estudio de los ingenios (fábricas de azúcar) en la Isla, precisa: “La seguridad de la empresa descansaba en la simplicidad de la estructura social que se creaba, en su carácter carcelario y en la incomunicación de sus miembros. Por esta razón los grupos de trabajo —las dotaciones— jamás se integraron con negros del mismo origen tribal o cultural. Basta analizar cualquiera de los centenares de relaciones de esclavos de ingenios cubanos para captar el cuidado que se tuvo en la constitución de las dotaciones, agregando hombres de diversas regiones de África y, por lo tanto, con distintos idiomas o formas dialectales, creencias religiosas e, inclusive, con mutuos sentimientos de hostilidad entre sí. Estos odios, creados y cultivados por los negreros para facilitar la labor divisionista necesaria a las cacerías esclavistas, eran azuzados en Cuba por amos y mayores y aun se crearon dos nuevas categorías opuestas: africanos y criollos. De esta manera se obstaculizaba la formación de un cuerpo social solidario, fomentando en su lugar la constitución de grupos excluyentes que dificultaban la integración”⁷⁸.

Por su lado, el historiador Juan Pérez de la Riva da cuenta de las condiciones en que eran albergados: “Fue sólo a partir de la tercera década del siglo XIX que comenzaron a construirse los enormes y siniestros barracones de mampostería destinados a encerrar a

toda la dotación del ingenio durante las horas de descanso. Chateausalins parece haber sido, en 1831, el primer autor que recomendara su construcción. En El Vademécum de los hacendados cubanos, aconseja que las viviendas de los esclavos “se fabriquen en forma de barracón con una sola puerta, cuidando el administrador o mayoral de recoger la llave por las noches. Cada cuarto que se fabrique no tendrá otra entrada que una sola puertecita y al lado una ventanilla cerrada con balaústres para que el negro no pueda de noche comunicarse con los otros”. Esta obra, una de las más infectas publicaciones de cuantas hicieron los esclavistas cubanos del “buen tiempo viejo”, obtuvo una entusiasta acogida, como demuestran sus numerosas ediciones: 1831, 1848, 1854, etcétera. Durante el día, las puertas se mantenían abiertas y si los negros hacían su comida en fogones de leña a lo largo del colgadero, el control de los movimientos de la dotación era engorroso, si ésta era numerosa. Cuando se encerraba a los negros por la noche los infelices se sofocaban, la promiscuidad era horrible y las dificultades para cocinar o distribuirles el rancho, grandísimas. Por otra parte, los riesgos de incendio eran evidentes, siendo toda la división interior de madera o yaguas, y aun cuando no lo fueran, si las tarimas se incendiaban era difícil impedir que las llamas no se comunicasen a las barbacoas que los negros tenían en sus cuartos, y de allí a toda la techumbre.

En una sociedad basada en el lucro, la codicia y el desprecio al hombre, ¿cuáles pudieron ser los estímulos que llevaron tan unánimemente a los hacendados cubanos a adoptar los consejos del sabio doctor don Honorato Bertrand de Chateausalins? Si el barracón nave podía costar hasta diez mil pesos, el barracón de patio que lo sustituyó no bajaba de veinte a veinte y cinco mil pesos,

con las dimensiones grandiosas que se le dio. Los hacendados debieron pues obedecer a muy poderosas razones para decidirse a realizar este gasto con tal unanimidad y en tan breve tiempo. Según se fue implantando la mecanización en los ingenios, y se fue propagando la revolución industrial en nuestros campos, fueron creciendo las dotaciones al par que aumentaba el precio de los siervos. De 350 a 400 pesos que se cotizaban en 1820, pasaron a 600 y aun 700 pesos los bozales en 1850. La fuerza de trabajo se hacía cada vez más costosa y, por tanto, era imprescindible utilizarla eficazmente. La concentración de todos los trabajadores en un solo lugar podía ser un medio idóneo para aumentar la productividad. No cabe duda que el barracón visto desde este ángulo podía ser un medio muy eficaz de combatir el ausentismo, que señala entre otros nuestro inefable doctor Chateausalins, profesor de la Universidad de La Habana y miembro eminente de la Sociedad Económica de Amigos del País: los negros, dice, “después de haber trabajado de día, no estando bien encerrados roban el tiempo que deben dar al descanso para salir de la finca de noche. Estas salidas nocturnas se hacen... o para enamorar a las otras negras de los vecinos o (para) buscar bebidas espirituosas... Cuán dañoso es a la salud del esclavo salir así de noche, no admite comentarios: hace el negro esta carrera con todo el apuro posible, así a caballo como a pie; llegan sudados a la finca, se embriagan, se echan muchas veces sobre el suelo húmedo con toda la transpiración abierta y suelen venir al día siguiente o dos después, enfermos con síntomas de espasmo o pulmonía o cualquier otra enfermedad grave... estando bien vigilado el barracón y haciendo la ronda el administrador de cuando en cuando, sin tener día fijo, se evitará este gran inconveniente”⁹.

Y sin embargo, florecen

El cuadro que se esboza en los párrafos anteriores (sintéticamente y con toda prisa) no sólo no impidió que entre los infaustos hijos de África brotara, como flor en pudriero, la innata propensión a la camaradería, a la relación cálida y auxiliadora. Es de presumir que incluso las estimulara. Al respecto también han dejado pruebas los entendidos mediante innumerables testimonios, referencias y datos, en los que siempre resulta una constante (de bochorno) la meticulosidad con que los esclavistas trataban de aplastar aquel brote.

En la capital de la Isla, que es zona de particular enfoque en este trabajo, ninguna de las bárbaras medidas aplicadas en los ingenios azucareros, ningún impedimento segregacionista de los dueños de esclavos y de las autoridades, lograrían abortar el intercambio de apoyo entre sus siervos, desde los tiempos iniciales del sometimiento. Ni siquiera el hecho de que aquí radicara precisamente la sede del gobierno colonial, demoró sus planes de huidas en grupos y su búsqueda de asentamiento en comunidades afines.

El Barón Alejandro de Humboldt precisaba en 1836: “Antes del año 1788 había negros cimarrones en las montañas de Jaruco, donde estaban algunas veces apalencados, es decir, que formaban para su defensa común unos pequeños retrincheramientos, amontonando troncos de árboles”¹⁰. En su libro *Los palenques de los negros cimarrones*, el historiador José Luciano Franco explica que estos palenques, comunidades de esclavos prófugos, estaban generalmente conformados por grupos de 15 ó 20 chozas o bohíos, que se construían a prudente distancia entre sí, ocultas en lo más espeso del monte, de forma que sus habitantes pudieran comunicarse con facilidad, al tiempo que dificultaban

las pistas para los perseguidores con sus perros fieros, especialmente amaestrados para olfatear y despedazar a los cimarrones. En áreas cercanas, éstos abrían claros para cosechar en común los productos de la tierra que les servirían de alimento. Con el mismo fin enviaban expediciones para agenciarse carne de res en las haciendas vecinas, no sin antes dejar organizada la defensa y el sostenimiento colectivo de sus palenques, donde un cierto número se quedaba para atender los sembrados, cubrir la retaguardia y avisar a los demás en caso de ataque por sorpresa. En cuanto a la proliferación de esta avanzada libertaria y comunitaria, desde aquellas fechas tempranas, basta con atenernos a las cifras que el propio historiador circunscribe al territorio habanero y a los cimarrones que fueron capturados, pues los que siguieron libres no podrían ser censados: “Desde que se promulgó el Reglamento sobre los negros cimarrones el 20 de diciembre de 1796 –puntualiza Franco-, hasta fines de 1815 habían entrado “en la oficina de capturas procedentes de la jurisdicción de la Capital 14,982 cimarrones... y otros 989 procedentes de los pueblos de la tierra adentro, formando ambas partidas un total de 15,971 cimarrones” (Registrado así en el Archivo Nacional de Cuba: Real Consulado y Junta de Fomento, Legajo 141.No.6913)”¹¹.

En la ciudad de La Habana y sus alrededores, la concentración de esclavos destinados a trabajos domésticos y de servicios facilitó desde el principio (aunque siempre relativamente y a pesar de los esclavistas) los contactos sociales entre aquellas víctimas. Por razones obvias, para ellos era más asequible la intercomunicación que para quienes estaban reclusos en las plantaciones rurales, muy apartadas entre sí, inhóspitas y con sistemas de vigilancia reconcentrada. Además, en la capital prevalecía en número el negro

criollo (descendiente de esclavos), que por nacer en Cuba supuestamente había experimentado ya un cierto proceso de “domesticación”, y era preferido por los amos para labores en la infraestructura. Muy pronto se verá la importante tarea que estos criollos estaban destinados a desarrollar con acciones de ayuda a su ascendencia africana.

Un episodio que ilustra meridianamente este asunto es el de los llamados cimarrones urbanos, refrendado en sus pormenores por el historiador cubano Pedro Deschamps Chapeaux, quien da cuenta de la notable inspiración emancipadora que ejercieron los negros y mulatos libres (artesanos, músicos, barberos, vendedores o jornaleros portuarios) sobre los esclavos dedicados al servicio doméstico (cocineros, criados de mano, caleseros, nodrizas, lavanderas, costureras...) en barrios capitalinos como Belén, Espíritu Santo, Catedral, Santo Ángel o San Juan de Dios. Y desde luego que no sólo inspiración reportó aquel roce. Además de estimular la fuga de los cautivos hacia la segunda zona, la de extramuros, con sus barrios densamente poblados por negros libres, africanos de todas las etnias y muchos criollos, sentaría las bases de una colaboración fraternal contra la cual no fue mucho lo que consiguieron las implacables disposiciones del régimen.

En su libro *Los cimarrones urbanos*, cuenta Deschamps Chapeaux que una de las prácticas solidarias más frecuentes entre la población habanera (libre) de origen africano era ocultar a los esclavos en fuga, las más de las veces dentro de sus propios hogares. Especifica, asimismo, que tal ayuda no estaba limitada por la “nacionalidad” del fugitivo. Y describe algunas de las argucias de que se valían para allanarles el camino, facilitándole, por ejemplo, cartas de libertad o permisos escritos para ejercer labores fuera del domicilio de sus amos, todo hábilmente falsificado.



No hay que perder de vista el hecho de que tanto los negros y mulatos libres como los esclavos criollos tenían la ventaja, sobre los africanos, de que un gran número de ellos sabía leer y escribir; y también carecían de las (delatorias para el caso) marcas tribales que solían distinguir a las distintas etnias esclavizadas en la Isla.

Sobra aclarar que aquellas acciones de camaradería podían ocasionarle (y ocasionaron) nefastos inconvenientes a los encubridores. Además, otra vez se verifican aquí las maniobras corruptoras de los esclavistas, quienes, al no poder atemorizar a los negros libres, intentaban comprarlos, valiéndose de su explicable pobreza económica. Por ejemplo, el Diario de La Habana publicaba en sus páginas del 2 de mayo de 1826, lo siguiente: “De la casa de su amo fugó habrá como dos

meses un negro nombrado Francisco, gangá como de 28 años, alto, prieto y vestido con una camisa y pantalón de coleta: tiene una pequeña cicatriz en la frente en el nacimiento de las pasas: fue esclavo de D. Leandro Zerpa, y se ejerció mucho tiempo en el oficio de carretonero en el muelle, se tiene noticia de que concurre con frecuencia al paraje que llaman Retiro, extramuros, y aun se sospecha que lo abriga un negro paisano suyo que vive en aquella población: al que lo aprehendiere y lo conduzca a la casa n.91 calle del Teniente Rey Plaza de Fernando VII, se le gratificará con una onza de oro, haciendo responsable de los perjuicios al que lo ocultare”. Conste que cuando este periódico habla de “perjuicios al que lo ocultare”, no especulaba en lo más mínimo. Simplemente estaba recordándole a sus lectores lo legislado con absoluta crudeza

por las autoridades coloniales a través de sus (tan mal) llamados Bandos de Buen Gobierno. Sin embargo, según reporte de ese mismo periódico, fechado el 20 de marzo de 1835: “El número registrado entre 1829 y 1833 ofrece una ligera idea del crecido porcentaje de siervos fugitivos. Según la oficina de capturas de la Real Junta de Fomento”. Los números en cuestión, siempre de acuerdo con la citada fuente, indican que en el año 1829 fueron capturados 2,514 de esos cimarrones urbanos (y otra vez no aparecen en estadísticas los que lograron evadirse); en 1830, 2,331; en 1831, 2,564; en 1832, 2,534, y en 1833, 1,876, para un total general de 11,819. En cuentas claras, este cómputo arroja que apenas en un quinquenio fueron capturados, como promedio anual, 2,563 cimarrones urbanos, o sea, a razón de 196 por mes y de 6 a 7 por día.

Otro de los recursos al que acudían con frecuencia los descendientes de África para librarse de la servidumbre era el alistamiento en los batallones de pardos y morenos, bajo el mando del régimen colonial. Y justo al amparo de tales batallones hallaron por igual campo fértil para el desarrollo de sus relaciones de reciprocidad solidaria y para sus intercambios de ideas y proyectos conjuntos.

Es conocido que desde el inicio del sistema esclavista en tierras americanas, España utilizó a los hijos de África como carne de cañón para defender sus posesiones de los ataques de piratas y corsarios, así como de las amenazas de otras potencias como Inglaterra. Fue este el origen de los batallones de pardos y morenos de Cuba, a cuyos alistados se le concedían algunas ventajas, digamos fuero militar, pensiones o preferencias para ciertos empleos, condicionadas, claro está, y siempre desde una perspectiva donde los negros, fueran soldados u oficiales más o menos libres, terminaban sufriendo por igual los prejuicios

y las vejaciones de la mentalidad colonial, amén de sus estrategias divisionistas. En principio, la propia denominación de “pardos y morenos” y la compartimentación interna a que conllevaba (el color claro de la piel propiciaba jerarquía en relación con los más oscuros), era el clásico ardid para impedir la confianza y camaradería entre sus miembros. Pero una vez más los colonialistas errarían en los cálculos, ya que, como muy bien expone Pedro Deschamps Chapeaux en su obra *Los batallones de pardos y morenos libres*, dentro y a partir de aquellas tropas no sólo surgieron enseguida nuevos lazos de amistad y simpatía entre descendientes de los más variados pueblos africanos, sino que además fueron amasados planes de lucha común para la libertad, guiados por auténticos líderes.

Bastaría con citar sólo el ejemplo más notorio y recordado (pero no el único): José Antonio Aponte, negro libre, obrero carpintero, había sido cabo primero de las milicias habaneras en el batallón de morenos. El 7 de abril de 1812 fue condenado a muerte, sin juicio. Y ahorcado, el día 9. Su cabeza cercenada quedó en exhibición dentro de una jaula de hierro a la entrada de La Habana, por el camino de Jesús del Monte. Su delito: haber removido entre los hijos de África, esclavos y libres, asentados en la capital cubana (y aún mucho más allá) la simiente de su natural hermandad, su amor propio y su vocación libertaria. Aponte, por demás, poseía especial prestigio entre la población de negros y mulatos habaneros por dirigir el cabildo Shangó Tedem y por poseer en el orden religioso lucumí la categoría de Oni-Shangó. Y esto es algo que nos lleva directamente a otra de las vertientes (la principal) que demuestra cómo desde los tiempos de la esclavitud hasta hoy mismo, los hijos y descendientes de África se han intercambiado, a modo de alimento básico para el espíritu, sentimientos de

apego, de estimación, de cariño y respeto recíprocos, y también de solidaridad. Hablamos, por supuesto, de los cabildos y de las organizaciones religiosas y fraternales: sustento y surtidor inextinguibles de sus energías cósmicas. Se trata de un tema rico en demasía, prolijo, minucioso, que ha tenido vastas resonancias históricas. También, por fortuna, alinea entre los más abordados en los últimos tiempos a través de los medios de información, tanto por historiadores como por los más diversos amantes y estudiosos de la herencia africana en América. Ello nos libera (o por lo menos nos dispensa) de adentrarnos mucho más allá de la mera enunciación, ya que su tratamiento pormenorizado rebasa los fines de este artículo.

Las energías cósmicas

Es punto menos que un lugar común afirmar a estas alturas que ninguno de los poderes opresivos que sistemática e impunemente se obstinaron durante siglos en la sofocación de la fuerza vital de los hijos de África, ha logrado jamás controlar la energía de sus espíritus. Justo de esa energía parecen extraer ellos la confianza que depositan en su propia fuerza. Y es de ahí desde donde se elevan sus ímpetus para moldear la historia de la civilización.

Cuanto más resueltamente auténtica es la expresión por la que una comunidad humana da camino a las palpitaciones de su alma y decide abordar, mediante esa expresión, sus problemas, sus experiencias, sus anhelos, todos los resortes de su identidad, tanto más cabal comprensión y apoyo hallará siempre por parte de sus componentes. Tal es el caso, sin duda.

Fernando Ortiz dejó sentado que desde antes del año 1573 existían cabildos negros en Cuba¹². Incluso, asevera que desde antes

del llamado descubrimiento del Nuevo Mundo, los negros estaban ya organizados por cabildos en Europa. De modo que debe haber resultado una consecuencia lógica el temprano nacimiento en América de este género de asociación religioso-mutualista, en la cual se agrupaban los africanos procedentes de una misma etnia o región. Sobre el muy trascendente papel que jugara en materia de solidaridad y de ayuda mutua, así como en la defensa de la supervivencia tanto del patrimonio cultural como del yo intrínseco de los hijos de África, se encuentra hoy constancia en cientos, miles de páginas de imprescindible Historia. Algunas de estas páginas están contenidas en el libro *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, de Pedro Deschamps Chapeaux, donde se puntualiza: “La ayuda mutua, la manumisión de sus coterreños en estado servil, la adquisición de terrenos o casas para su instalación, hicieron del cabildo, algo más que una mera agrupación para cantar y bailar, al estilo de sus respectivas naciones... Desde 1691, en que el cabildo de la nación arará magino adquiriera parte de la casa sita en la calle de Compostela n.172 (en La Habana), hasta el 1898, en que se cesó la dominación española en Cuba, la institución representó en su conjunto, en el perímetro urbano, un valor socio-económico cuya importancia no puede desconocerse; puesto que el cabildo marca el punto de partida de la presencia del negro en la economía habanera en la primera mitad del siglo XIX”¹³.

Luego de la abolición formal del sistema esclavista, los cabildos fueron convirtiéndose en sociedades de instrucción y recreo para lo que llamaban, y todavía llaman muchos (en término que a la luz de este minuto suena cuando menos incongruente), la “raza de color”. Tales sociedades no solamente darían continuidad a la misión aglutinante de los

cabildos. También, y a partir de su magisterio, iban a desempeñar una función de primera línea en el esfuerzo por la elevación del nivel cultural de sus miembros y por su plena incorporación a la vida económica y social del país. Es harto conocida la gestión desarrollada por el patriota habanero (hijo de esclava) Juan Gualberto Gómez, como promotor y primera cabeza del Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color, institución que además aportó su concurso en el proceso cubano de lucha contra el colonialismo.

Los cabildos, pues, otorgarían un cuerpo específico (consolidando las bases y los conductos para su desarrollo) a las energías vitales que sedimentan desde siempre en el espíritu de los descendientes habaneros de África. De los cabildos derivó la generalidad de sus instituciones sociales y de sus órdenes religiosas, junto al carácter unificador, iluminador y animador de voluntades que ambas engloban. Con ellos, los negros, mulatos, mestizos... de La Habana, demuestran haber desmentido y continúan desmintiendo en nuestros días a Jean Paul Sartre, para quien “no hay acto de ternura que pueda borrar las marcas de la violencia, solo la violencia misma puede destruirlas”¹⁴.

A lo largo de poco más de medio siglo, período transcurrido entre el fin del sistema colonial (ya sin esclavitud pero aún vivas su mentalidad y sus violentas secuelas discriminatorias), y la Revolución Cubana de 1959, la mayoría absoluta de las conquistas alcanzadas en la Isla por los herederos de África (y no fueron escasas, ni superficiales, ni fáciles) tendrían lugar a instancias de sus organizaciones sociales y/o sus representaciones políticas. Después sobrevino el capítulo más conocido, o al menos el mejor publicitado de toda nuestra historia. En principio, el triunfo revolucionario introdujo cambios sustan-

ciales para la vida de los negros y mestizos y esencialmente para la de todos los cubanos pobres. El pecado de la Revolución, o uno de ellos, entre los más graves, radica justamente en no haber podido o sabido (o en no haber hallado las fórmulas idóneas para) trascender aquel principio. Se trata de una etapa compleja en demasía y muy sensible a la controversia a la hora del análisis histórico, entre otros motivos por su cercanía en el tiempo. Pero si algo se presenta hoy por hoy ante los ojos como una consecuencia indiscutible y directa de las limitaciones de la Revolución, ello se relaciona justamente con el tema que nos ocupa: el estancamiento de los esfuerzos de los descendientes africanos por encausar en forma organizada, armónica y eficiente sus necesidades de progreso social.

Conocemos que desde los primeros tiempos en el poder, el gobierno revolucionario decretó el cese de todas las organizaciones sociales y las representaciones de los negros cubanos, así como de la inmensa mayoría de instituciones, gremios, grupos de personas afines. De pronto, se improvisó una explicación que a tenor del momento (jubiloso y digamos atolondrado), parecía plausible, y como tal fue aceptada: Si la Revolución eliminaba toda forma de discriminación y toda diferencia clasista, si estaba proponiendo la unidad sin reticencias ni sectarismos de todos los hijos del país, si en lo sucesivo todo correspondería a todos, en completa igualdad de derechos, era posible entonces y aun aconsejable prescindir de aquellas organizaciones. Más todavía cuando la Revolución misma iba a comprometerse con la atención de cada uno de sus objetivos y sus proyectos, así como de sus muy distintivas y especializadas labores cotidianas.

¿Romanticismo? ¿Ingenuidad política? ¿Miopía histórica? Pudo haber de todo una porción. Pero también hubo algo mucho

menos excusable y es seguro que en medida no más discreta: La asunción y el uso del gobierno desde un esquema de poder que esencialmente muy poco se diferenciaba (y hoy se diferencia aún menos) del absolutismo colonial y del talante tiránico de sistemas políticos anteriores. Lo que la Revolución decidía no estaba sujeto al análisis sereno de los implicados, ni a réplica, ni a rechazo. Sólo era permitido aplaudir.

Resultó así que en un inicio negros y blancos cubanos de variadas extracciones se vieron no sólo recibiendo en equidad de condiciones beneficios como la educación y atención médica gratuitas, sino también viviendo bajo el mismo régimen de imposición de ideas y conductas, bajo las mismas dificultades para expresarse libremente, sujetos a las mismas disposiciones legales, al mismo estancamiento económico y social, mancornados por el mismo ejercicio de ahogamiento a toda empresa y/o iniciativas del individuo. Fue el inicio. Sin embargo, más temprano que tarde los conflictos de negros y blancos empezaron a adquirir tintes caracterizadores. No todo era igual ya, ni distribuido en iguales proporciones. Especialmente porque por más mezclados que estuviesen y por más paralelamente que en apariencia marcharan sus destinos, los orígenes, las historias de negros y blancos no habían sido iguales, no habían provocado iguales rémoras en lo económico y social, ni siquiera indujeron estilos idénticos para enfrentar las múltiples complejidades de la existencia. Es algo que pudo ser previsto por la dirección revolucionaria. Mas ésta, por lo que parece, en lugar de prevenir, o de rectificar sobre la marcha, como bien cuadra a las revoluciones, decidió seguir en sus trece; primero, disimulando el fenómeno, quizá por equivocación; luego, negándolo, quizá malisimamente, por tozudez y por conveniencia.

Para no apartarnos del tema que nos ocupa ahora, limitémonos a la recordación de una sola pauta: Durante varias décadas, dentro del proceso revolucionario surgido en 1959, la mayor parte de la población blanca de Cuba practicó (al menos formalmente) el ateísmo marxista-leninista. Los negros, por lo general, aun los adscritos al marxismo, no abandonaron jamás su espiritualidad, no dejaron de lado sus orishas, ni siquiera en los tiempos (un extenso período) en los que estaba mal visto y en los que de hecho era censurada la pertenencia a órdenes o credos religiosos de cualquier naturaleza. No habría más que retrotraer la letra de aquellas planillas que el ciudadano debía llenar casi a diario, cada vez que aspiraba lo mismo a un puesto de trabajo, a una beca de estudios, o para tramitar las más simples gestiones burocráticas. Una de las preguntas ineludibles, cuya respuesta debía ser sopesada con tino, puesto que estaba en juego el éxito de la gestión, era (más o menos literalmente): “¿Practica usted alguna religión?”. Los negros, claro, también solían responder que no, pero todos (gobernantes incluidos) conocían de sobra lo que estaban obligados a ocultar.

Es significativo el modo en que las religiones de origen africano, aplastadas, denigradas, marginadas por el poder político y económico durante siglos, se resistieron con estoicismo ejemplar ante la corriente ateísta de la Revolución, cuando otros credos de origen europeo, favorecidos durante siglos por el poder e incluso por las leyes del país, parecían atenerse con relativo acomodo al borrón y cuenta nueva. El negro, que en todos los sistemas de gobierno anteriores a la Revolución había sido tratado más o menos irracionalmente, como un animal, nunca dejó de enriquecerse a sí mismo y de disfrutar incluso de la independencia de su espíritu, mediante los

estrechos vínculos que les propiciaran sus organizaciones sociales y religiosas. Pero he aquí que en medio del único proceso político que le prometió reivindicaciones verdaderas y definitivas, se veía despojado de estas organizaciones de tanto arraigo. Aún más, se vio impelido a la abjuración pública de su fe. No estamos comparando. No viene al caso. Lo sintomático en esta cuestión no es que a los habaneros (a los cubanos) descendientes de África les fuera mejor o peor con los sistemas precedentes. Es que con la Revolución no les estaba yendo como intentaron hacerles creer que les iría. Y sólo a la Revolución ellos habían entregado su mejor ofrenda: las instituciones encargadas de canalizar sus armonías cósmicas.

No habría que aclarar que tal contra-tiempo no fue suficiente para oscurecer el alma de los habaneros descendientes de África, ni para debilitar sus ánimos de intercambios fraternales. No podía registrar sino fluctuaciones en una fuerza templada para resistir los más graves choques, sin desfallecer, sin que ni siquiera se diluya con el paso del tiempo o con los palos de la vida, toda vez que conserva intactas las energías espirituales que la propulsan.

Lo certifican dos ejemplos (dos entre muchos), claros y comprobables como la luz del sol. El primero tiene que ver con uno de los pasajes más connotados (y últimamente también uno de los más controvertidos) en toda la historia de las relaciones internacionales de la Revolución Cubana. A saber, la intervención de sus ejércitos en las guerras liberadoras en África. Aún no se ha estudiado con abarcadora profundidad el tema de la participación de los negros de la Isla en tales contiendas. Basta conversar con ellos de tú a tú para comprender que en mayoría nuestros descendientes africanos participaron en esas guerras llevando por delante un auténtico

espíritu solidario. No se cuestionaron, ni siquiera se lo cuestionan ahora mismo, hasta qué límites la presencia de nuestras tropas en aquel lejano continente obedecía en verdad (como se dijo y se repite oficialmente, hasta la sospecha) a una transparente demostración de hermandad, noble y desinteresada, a una deuda histórica; o si, en cambio, como aseguran otros, éramos cabeza de lanza de encubiertas acciones imperialistas diseñadas en Moscú. Para el negro cubano (mucho más que para casi todo el resto de los integrantes de nuestra nacionalidad) aquello era un llamado de la sangre, el saldo de una cuenta de honor con sus atávicos espíritus y, por añadidura, un acto de elemental deber. Y esa es una actitud que por lo menos a la altura de estos días no se escucha en labios de todos los cubanos que fueron a jugarse la vida o a enfermarse de los nervios (caso corriente) luchando contra la explotación y el apartheid en tierras africanas.

En el segundo ejemplo, igualmente clarificador, vemos al habanero descendiente de esclavos repartiendo entre los suyos la calidez afectuosa y la disposición de entrega y desprendimiento que lo tipifican, a pesar de (o aun debido a) la drástica situación de pobreza, desesperanza, arrinconamiento social que vienen sufriendo en los últimos años, muy en particular durante el desbarranque económico (y de valores morales, ideológicos, espirituales) que afecta al país desde los años noventa del siglo XX. Es un hecho sin vuelta de hoja: son en general los que menos tienen, a los que menos les ha tocado, y a la vez son los que más armoniosamente departen y comparten entre sí. Ocurre incluso la circunstancia curiosa o rara (de acuerdo con el tiempo y el lugar) de que los negros de aquí no parecen hallar trabas para el buen entendimiento, para el intercambio fluido y hasta íntimo entre representaciones de diferentes estratos

económicos y sociales. Deportistas y artistas de éxito, así como otras figuras de una minoría solvente, en la que se agrupan funcionarios empresariales o hasta dirigentes políticos, continúan frecuentando en trato llano, igual que en las mejores horas de la utopía revolucionaria, a la inmensa masa de menesterosos y marginados con los que guardan lazos de sangre. Incluso no son excepcionales las actitudes de ayuda concreta por parte de los de arriba. En Cuba, en este momento, el caso es singular. Apenas se repite con el resto de la ciudadanía.

Sin lugar para titubeos, puede asegurarse que tales realidades, al alcance de la vista para cualquiera que decida observarnos con honradez, son la suma de la profunda raíz espiritual de los habaneros descendientes de esclavos con las enseñanzas y la noble guía de sus inveteradas instituciones sociales. Sin embargo, proponer, insinuar apenas la necesidad de que tales instituciones se reorganicen hoy en la Isla (con la total independencia que les fue siempre propia y natural), es como mencionar al diablo en un convento.

Y más dentro de la actual coyuntura, cuando se han politizado en extremo las viejas y siempre recurrentes polémicas en torno al tema del racismo. Al punto que hablar de marginación por motivos del pigmento de la piel o mencionar el retroceso de los negros en sus aspiraciones por el avance social y económico, se ha convertido en una actitud que el gobierno y los comunistas califican de rechazo a la Revolución. Otra vez, hoy, en Cuba, la razón de Estado y la Razón parecen estar en pugna. Y es natural que haya quienes, por no enfrentar a la primera, con todas las consecuencias que ello contrae, pretendan, aprueben o acepten callados que ésta (la razón de Estado) anule a la Razón, politizándola, es decir, disolviéndola, poniéndola a su servicio.

Tal vez el momento sea oportuno para recordar aquella lección preclara según la cual, quienes, hoy, como ayer, se adaptan conformes al dictado de su época, olvidan que su época (con la propia Revolución, en lo que tuvo de mejor) es el resultado de la obra de unos pocos que no quisieron conformarse.

Bibliografía

- 1- Feijóo, Samuel. El saber y el cantar de Juan Sin Nada (capítulo XIII, Refranero africano, pag 196), Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1984.
- 2- Césaire, Aimé. Discours sur le colonialisme.
- 3- Fanon, Frantz. Piel negra, máscaras blancas, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, pag 3.
- 4- Buxton, Thomas Fawell. African Slave Trade, Merrimen & Thompson, Filadelfia, 1839, pag. 56.
- 5- Benítez Cabrera, José A. África: biografía del colonialismo. Ediciones Revolución, La Habana, Cuba, 1964 (pag.58).
- 6- Franco, José Luciano. Los palenques de los negros cimarrones. Editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Colección Historia, La Habana, 1973 (Introducción, pag.5).

- 7- Benítez Cabrera, José A. África: biografía del colonialismo. Ediciones Revolución, La Habana, Cuba, 1964 (pag. 59/61).
- 8- Moreno Fragnals, Manuel. El ingenio, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, (Tomo II, pag 8 y 9).
- 9- Pérez de la Riva, Juan. El barracón y otros ensayos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, (pags. 22/27)
- 10- Barón A. De Humboldt. Ensayo político sobre la isla de Cuba. París, 1836.
- 11- Franco, José Luciano. Los palenques de los negros cimarrones. Editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Colección Historia, La Habana, 1973 (pag. 66).
- 12- Ortiz, Fernando. Los cabildos afrocubanos. Revista Bimestre Cubana, La Habana, 1921, No. 1.
- 13- Deschamps Chapeaux, Pedro. El negro en la economía habanera del siglo XIX. Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Primera Edición, abril de 1971, pág. 31.
- 14- Sartre, Jean Paul. Prólogo a Los condenados de la tierra, de Frantz Fanon. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

Otras fuentes consultadas

- Los cimarrones urbanos, de Pedro Deschamps Chapeaux, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- El negro en la economía habanera del siglo XIX, Pedro Deschamps Chapeaux, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 1971.
- Contribución a la historia de la gente sin historia, Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974.
- Los negros esclavos, Fernando Ortiz Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- La diáspora africana en el Nuevo Mundo, José Luciano Franco, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Historia Económica de Cuba, Heinrich Friedlaender, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- En busca de la cubanidad, de Eduardo Torres-Cuevas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.